

PASIONES, ACTAS DEL DOLORE
EN EL LIBRO DE BUCASÍOR
LUDOVICUS BAYBODI
DE LA
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE
LITERATURA MEDIEVAL

43

SANTANDER

22-26 de septiembre de 1999

PALACIO DE LA MAGDALENA

Universidad Internacional

Menéndez Pelayo

Al cuidado de

MARGARITA FREIXAS Y SILVIA IRISO

con la colaboración de Laura Fernández

CONSEJERÍA DE CULTURA

DEL GOBIERNO DE CANTABRIA

AÑO JUBILAR LEBANIEGO

ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL

SANTANDER

•MM•

ACTAS DEL
VIII CONGRESO INTERNACIONAL
DE LA
ASOCIACIÓN HISPÁNICA DE
LITERATURA MEDIEVAL

SANTANDER
22-26 de septiembre de 1999
PALACIO DE LA MAGDALENA
Universidad Internacional
Méndez Pidal

Al cuidado de
MARGARITA FREIXAS Y SILVIA IRISO
con la colaboración de Laura Fernández

© Asociación Hispánica de Literatura Medieval

Depósito legal: SA-734/2000

Carolina Valcárcel
Tratamiento de textos

Gráficas Delfos 2000, S.L.
Carretera de Cornellà, 140

08950 Esplugues de Llobregat
Impresión

HOMOFOBIA Y PROPAGANDA: LA CONSTRUCCIÓN LITERARIA Y POLÍTICA DE ENRIQUE IV

JOSÉ ANTONIO RAMOS ARTEAGA

Universidad de La Laguna

LA REIVINDICACIÓN histórica de un personaje conlleva el peligro de desembocar en hagiografía. Desmontar falacias y mitos creados alrededor de un ser humano, un hecho o un periodo, es una labor que obliga a renegar de la certeza cronológica de la Historia para sumergirnos en un espeso fluido de vidas, acciones, miradas, omisiones, palabras...; fluido que se hace casi impenetrable, paradójicamente, cuanto mayor es la información. Es el caso de Enrique IV de Trastámara, el rey medieval castellano más publicitado. De él tenemos informes médicos y un catálogo de sus gustos en el vestir, comer, festejar, cantar; tenemos crónicas minuciosas de su reinado y descripciones, igual de minuciosas, sobre la forma de sentarse o cabalgar; en fin, tenemos una literatura laudatoria y una más numerosa literatura censora. Pero también Enrique IV representa la víctima más degradada de la literatura homofóbica en lengua castellana, tanto en cantidad de textos como en calidad de ataque.¹ Con él, o mejor expresado, contra él se recreará una imagen del homosexual completamente nueva, mezcla de prejuicios conocidos en la Edad Media y otros que preconizan la represión posterior contra los homosexuales.

Mi objetivo no es demostrar la veracidad o falsedad de las afirmaciones sobre la conducta sexual del rey, pues sólo el descubrimiento de un testimonio directo podría zanjar el debate. Tendremos que limitarnos, entonces, a los testimonios indirectos, siempre parciales. Estos documentos tienen un valor desigual para nuestro tema: por un lado están las crónicas, semblanzas varias y algún poema moral; por otro, la sátira política. Los primeros tienen una gran importancia en la elaboración del ataque homofóbico por la forma velada en la que se lleva a cabo. En esta tesitura, los autores manejan recursos y relaciones asociativas más ricas que las de la sátira, cuyos ataques directos y explícitos restan calidad imaginativa a favor de una mayor precisión alusiva

¹ Estoy de acuerdo con las precisiones terminológicas que John Boswell plantea para el fenómeno homosexual; pero al tratarse en este caso de una etiología exclusivamente sexual podemos usar homosexual como sodomía. Véase, J. Boswell, *Cristianismo, tolerancia social y homosexualidad*, trad. M.-A. Galmarini, Muchnik Editores, Barcelona, 1992, pp. 65-84.

a los textos. De ambos tipos me serviré para mostrar el esfuerzo invertido por la propaganda antienriqueña a la hora de construir la homosexualidad del monarca.

La sexualización de la vida pública, y, en concreto, de la vida de los gobernantes, es un síntoma, nada despreciable, de la crisis definitiva del modelo feudal.³ Entre las alegorías del poder más recurrentes en la teoría político medieval (y en los escritos literarios), encontramos la relación mundo-cuerpo que organiza jerárquicamente la sociedad humana en dos grandes grupos, los razonables y los sensuales.³ En el primer grupo se encuentran los que asumen las funciones de gobierno (cabeza) y defensa (pecho) legitimados por la inmanencia divina; en el segundo, los esclavos de las pasiones del bajo vientre a merced del demonio (el tercer estado ocupaba esta zona fisiológica-moral con la siguiente precisión: cuando respetaba el orden era pueblo, y vulgo, cuando no).⁴

La figura de Enrique IV va a trastocar radicalmente este esquema «porque el apéxito le señoreava la razón». En una época de cambios traumáticos para las expectativas del poder, este encuentra en la sensualidad del rey el perfecto chivo expiatorio. Si además es antinatural, el desorden alcanza cotas apocalípticas (Diego de Valera calificaba de época «de tiniebla» su reinado). De esta forma, se imbrican los discursos señoriales y religiosos, y reúnen en un solo concepto y persona las culpas. La propaganda contra el rey abarcó desde la rumorología organizada a las presiones diplomáticas ante el Papa, desde la destrucción sistemática de documentos y descrédito de sus autores, a la deposición en efigie del rey. Es un ataque de carácter individual, no de orden social; su objetivo es defenestrar a un individuo, no la estabilidad del sistema.

Aunque las acusaciones enarboladas son innumerables podemos sintetizar la sensualidad del rey fundamentalmente en tres «delitos»:

1) El desprecio absoluto a la organización social, sus mecanismos y ceremonias: «El rey, no obstante, continuó cada vez más obstinado en sus propósitos, despreciando las leyes, y llamando constantemente a los privilegios «pieles de carnero o de cabrito atestadas de ridiculeces».⁵

2) La integración de individuos «indeseables» en su entorno, ya fuera por su origen social:

³ El mejor ensayo sobre este aspecto, centrado en el reinado de Enrique IV, es el de Arturo R. Firpo. Sus afirmaciones incitaron el comienzo de este trabajo. Véase A.R. Firpo, «Los reyes sexuales (I)», *Melanges de la Casa Velázquez*, XX (1984), pp. 217-227; «Los reyes sexuales (II)», *Melanges de la Casa Velázquez*, XXI (1985), pp. 145-158.

⁴ El poema *Historia de la cuestión y diferencia que ay entre la Razón y la Sensualidad* de Fray Íñigo de Mendoza es un magnífico tratamiento literario de dicho dilema político. I. de Mendonza, *Cancionero*, ed., introd. y notas de J. Rodríguez Puértolas, Espasa-Calpé, Madrid, 1968, pp. 232-274.

⁵ Basta leer los escritos de Palencia para atestiguar este uso capcioso de una misma realidad: A. Palencia, *Crónica de Enrique IV*, Atlas (Biblioteca de Autores Españoles, 257, 258 y 267), Madrid, 1973, 3 vols.; aquí I, p. 84.

Tente, fraile carbonero,
que contigo este ministro
viene a ver por el registro
quién te sacó de pechero;
y manda el buen provincial
que no traigas más león
ni águila ni cabrón
que es tu sangre natural.⁶

ya por sus creencias:

señaladamente es muy notorio en nuestra corte aver personas en nuestro palacio é cerca de nuestra persona, infieles enemigos de nuestra santa fe católica, é otras, aunque cristianos por nombre, muy sospechosos en la fe, en especial que creen é dicen é afirman que otro mundo non aya si non nacer é morir como bestias...⁷

3) La consciente negligencia bélica contra el musulmán:

E llegaron asy con esta gente el rey e Reyna tan cerca de Canbil, que parecia que querian combatir la fortaleza. E como los moros vieron asi llegar la gente, los moros salieron a las varreras, e la Reyna demandó una ballesta, la qual el rey le dio armada, e fizo con ella algunos tiros en los moros. E passado este juego, el rey se bolvio a Jaen, donde los cavalleros que savian fazer la guerra e la avian acostumbrado burlavan e reyan diziendo que aquella guerra mas se hazia a los christianos que a los moros...⁸

Los Grandes de Castilla soportaron mal que bien la particular forma de gobernar del rey, confiando en que su impotencia sexual, más una suerte que una desgracia para ellos, dejaría paso al segundo hijo de Juan II, el príncipe Alonso. Pero el nacimiento de Juana («milagrosamente» ironiza la propaganda) reaviva el fantasma del privado don Álvaro de Luna,⁹ encarnado ahora en la figura de don Beltrán de la Cueva. La posibilidad de perder su situación ventajosa en los asuntos de la república por la política de un privado, precipita los acontecimientos.¹⁰ Los apagados murmullos contra el rey se transforman en una campaña difamatoria, continua e intensa, cuyo

⁶ *Coplas del Provincial*, en *Poesía crítica y satírica del siglo XV*, ed. J. Rodríguez Puértolas, Castalia, Madrid, 1981, p. 242, vv. 109-116.

⁷ A. Paz y Meliá, *El cronista Alonso de Palencia*, Madrid, 1914, p. 61.

⁸ *Crónica anónima de Enrique IV de Castilla*, II, ed. M.P. Sánchez-Parra, Ediciones de la Torre, Madrid, 1991, pp. 70-71.

⁹ También la relación entre Álvaro de Luna y Juan II estuvo bajo sospecha. No se aireó en exceso por ser Juan II el padre de Isabel la Católica.

¹⁰ Fue el punto álgido del conflicto que señala W. Ullmann para las ideas políticas medievales entre la concepción descendente (el poder proviene de arriba) y la ascendente (el poder reside en la comunidad). W. Ullmann, *Historia del pensamiento político en la Edad Media*, trad. R. Vilaró, Ariel, Barcelona, 1983.

eje será la virilidad del rey, virilidad que se pone bajo sospecha sibilamente basándose más en su posible homosexualidad que en su impotencia. Esta, a fin de cuentas, era un hecho conocido desde su juventud, y por tanto de eficacia propagandística menor. La sospecha o la clara denuncia de un rey sodomita facilita la conversión simbólica de este en demonio, y, en consecuencia, la superposición de la figura del tirano con la del Anticristo. No es casual el abundante registro de calamidades naturales que salpican su reinado. Tampoco es casual que las tres composiciones literarias que, en mi opinión, muestran gran visceralidad contra el monarca adopten como referente los símbolos religiosos: en las *Coplas del Provincial*, el ambiente conventual contrahecho a lo diabólico; en las *Coplas de Mingo Revulgo*, la figura del mal pastor, el rebaño y los lobos; finalmente, en la *Vita Christi*, el solapamiento de la narración teológica por los malos gobernantes.

El ataque homofóbico contra Enrique IV parte prácticamente de cero. La casuística homosexual en el Medievo sólo recogía la homosexualidad permanente en los afeminados; sin embargo, los comportamientos externos del rey estaban muy alejados de los patrones del varón feminizado. No obstante, lo que parecía un obstáculo al principio, se transforma en el mejor instrumento de la propaganda: como buen ejemplo de las tácticas diabólicas, el rey jamás delatará su infamia con señales externas (afeminamiento), y serán sus acciones, preferencias y amigos los que lo denuncien. Es la primera vez en la literatura castellana que aparece el prototipo del homosexual oculto, no amanerado, que puede ser identificado y exorcizado gracias a un conjunto de supuestas certezas. La importancia del caso de Enrique IV radica en que los mecanismos usados son tan variados y moldeables que nada, ni nadie, queda fuera de poder ser acusado. Así, la homosexualidad a partir del siglo XV abandona su caracterización de rareza exhibicionista y pasa a adquirir los rasgos de peligrosidad social que la definirán hasta finales del siglo XX. Los indicios que cronistas, teólogos y literatos aprovecharán para su campaña trascienden el coyuntural discurso jurídico, señorial y religioso del siglo. Se persigue la excepción y, por tanto, los rasgos bajo los cuales puede ser descubierto el homosexual son aquellos que lo colocan fuera del consenso social, fuera de la autoridad. Los utilizados contra Enrique IV serán:

la falta de un modelo familiar en su infancia que le sirviera de ejemplo:

Estuvo en aquella ciudad apartado del rey su padre los más días de su mayor hedad, en los cuales se dio a algunos deleites que la mocedad suele demandar e la onestad debe negar. ¹¹

Infancia en contacto con ambientes inadecuados:

Iban ofreciendo las costumbres ejemplos cada día más perniciosos, y difícilmente se llegaba a la opulencia y los honores sino por el camino de los crímenes más infames; de suerte que

¹¹ F. de Pulgar, *Cláros Varones de Castilla*, ed. R.B. Tate, Oxford University Press, Oxford, 1971, p. 5.

casi todos los devorados por la ambición en Castilla entregáronse sin tregua a la torpeza y a la corrupción, madre de los malos consejos. Dominaba la depravación en las conversaciones de los cortesanos; de su trato estaba desterrada la honestidad, y su concepto de la virtud era por demás erróneo, pues al apetito tiránico se le llamaba prudencia, y la disolución de las mujeres se tenía por graciosa desenvoltura, que ni el pudor las contenía ni la criminal conversación con los hombres les causaba el menor sonrojo. Todo ello produjo desenfrena da licencia que enriqueció a muchas mujeres disolutas y, no ya a los hombres dados a mujeres, sino a los afeminados.¹²

Rechazo de los principios de autoridad y sus símbolos:

Usaba siempre traje de lúgubre aspecto, sin collar ni otro distintivo real o militar que le adornase; cubría sus piernas con toscas polainas, y sus pies con borceguíes u otro calzado ordinario y destrozado, dando así a los que le veían manifiesta muestra de su pasión de ánimo. Desdeñó también toda regia pompa en el cabalgar, y prefirió, a usanza de la cabellería árabe, la gineta, propia para algaradas, incursiones y escaramuzas, a la más noble brida, usada por nosotros y por los italianos, respetable en la paz e imponente y fuerte en las expediciones y ejercicios militares. Las resplandecientes armas, los arreos, guarniciones de los caballos y toda pompa, indicio de grandeza, merecieron su completo desdén. Embrazó la adarga con más gusto que empuñó el cetro, y su adusto carácter le hizo huir del concurso de las gentes. Enamorado de lo tenebroso de las selvas, sólo en las más espesas buscó el descanso; y en ellas mandó cercar con costosísimo muro inaccesibles guaridas, y construir edificios adecuados para su residencia y recreo, reuniendo allí colecciones de fieras recogidas de todas partes. Para cuidarlas y para alejar a las gentes, escogió hombres rudos y feroces que, mientras él se encerraba allí con algunos malvados, recorrían con armas y a caballo las encrucijadas, ahuyentando a los que pretendían saludar al rey a tratar con él algún negocio, porque, entregado completamente a hombres infames, no acogía de buen grado a ninguna persona de esclarecido linaje o de notable ingenio.¹³

El gusto por los jóvenes y sus diversiones:

¡A la he, Gil Arribato!
 Sé qu' en fuerte hora allá echamos
 cuando a Candaulo cobramos
 por pastor de nuestro hato:
 ándase tras los zagales
 por estos andurriales,
 todo el día embebeçido,
 holgazando sin sentido,
 que mira nuestros males.¹⁴

¹² A. de Palencia, *Crónica de Enrique IV*, I, p. 11.

¹³ A. de Palencia, *Crónica de Enrique IV*, I, p. 11.

¹⁴ *Coplas de Mingo Revulgo*, en *Poesía crítica y satírica del siglo XV*, p. 222, vv. 19-27.

La maurofilia:

Al principio no perjudicó notablemente a la reputación de don Enrique la compañía de los infieles, por más que a causa de la torpísima liviandad de que abusan contra las leyes de naturaleza, su familiaridad con ellos diese pábulo a los rumores de existir en palacio análoga corrupción, los castellanos, escandalizados de la reciente ignominia que desde los días de don Alvaro había contaminado la antigua pureza de costumbres, llevasen muy a mal la benevolencia que el rey demostraba a los moros.¹⁵

La convivencia íntima con individuos peligrosos (judíos y conversos):

A ti, fray Diego Arias, puto
que eres y fuiste judío,
contigo no me disputo,
que tienes gran señorío.¹⁶

El ascender social (en su entorno) de personas sin linaje como posibles pagos de favores sexuales:

Ah, fray conde sin condado,
condestable sin provecho,
¿a cómo vale el derecho
de ser villano probado?:
«A oder y a ser odido
y poder bien fornicar,
y aunque me sea sabido,
no me puedan castigar».¹⁷

El gusto por las artes y las letras:

Dióse demasíadamente a la música; cantaba y tañía muy bien. Era grande escriuano de toda letra; leya maravillosamente. Fue docto en la lengua latina.¹⁸

Corruptor de menores:

No reconociendo ya el Rey freno a sus liviandades, empezó a mostrar inclinación a Francisco Valdés, joven de buen linaje que, criado desde niño entre otros de nobles casas, daba indicios de índole excelente. Trataba don Enrique de atraérsele con lisonjeras palabras y

¹⁵ A. de Palencia, *Crónica de Enrique IV*, I, p. 68.

¹⁶ *Coplas del Provincial*, en *Poesía crítica y satírica del siglo XV*, p. 245, vv. 165-168.

¹⁷ *Coplas del Provincial*, en *Poesía crítica y satírica del siglo XV*, p. 238, vv. 17-24.

¹⁸ D. de Valera, *Memorial de diversas hazañas*, ed. J. de M. Carriazo, Espasa-Calpe (Crónicas españolas, 4), Madrid, 1941, p. 295.

promesas de mayor fortuna: veíanle todos esquivarlas; al Rey más empeñado en prodigarle sus halagos, y a ambos obstinados durante algún tiempo en su mutua porfía más como en cosas tan secretas no cabe más luz que la que suministran los indicios, diolos al cabo manifiestos de lo que temía el mismo Valdés con su huida a Aragón. Hasta allí le siguieron los agentes del mal, que lograron hacerle regresar y a los pocos días condujeron a Madrid al fugitivo, dándole por cárcel secreta morada, adonde posponiendo otros cuidados iba a visitarle don Enrique, para echarle en su cara su dureza de corazón y su ingrata esquivéz.¹⁹

Heterodoxia religiosa:

La pereza e floxedad e poco cuidado que el rey don Enrique tovo en mirar el servicio de Dios ny el bien de sus reynos, dieron a los malos suelta liçençia de vivir a su libre voluntad. De lo qual se siguió que no solamente muchos de los convertidos nuevamente a nuestra sante Fee mas algunos de los viejos christianos desviasen de la verdadera carrera, emperdimiento de sus ánimas e grand daño e oprobio destes reynos, donde el culto divino de muchos centenarios de años acá ynviolablemente fue y es observado, tomando siniestros caminos: los unos públicamente judayzando, sin temor de Dios ny de su justicia, algunos de los otros tomando yrróneas opiniones, como fueron los de D urango e otros, que creyeron no aver otra cosa que nasçer y morir; algunos que quisieron entender la Sacra Escritura en otra manera de cómo la entendieron los sanctos doctores de la yglesia.²⁰

Afición a la marginalidad:

Quiso el Rey agregar a su séquito a otros muchos secuaces parecidos al Barrasa, cuyos nombres y apellidos no recordaban ciertamente el lustre de antigua familia, antes bien la más abyecta condición; creyéndose seguro de la conjuración de los nobles y en más libertad para entregarse a sus extravíos, si se rodeaba de hombres malvados.²¹

Materialismo:

Lo qual, como fue dicho al rey, mandó a un religioso yr a Sevilla mandándole que costriniese a los çibdadanos que dixesen que esta cosa maravillosa e las semejantes fuessen fechas por natural potençia e no por querer de Nuestro Señor, ni por otras cabsas.²²

Agnosticismo:

E como quiera que conosçiese ser çercano al su fin, ninguna mençion hizo de confesar ni recibir los católicos sacramentos, ni tampoco hazer testamento o codiçilo, que es general costumbre de todos los hombres en tan tiempo hazer.²³

¹⁹ A. de Palencia, *Crónica de Enrique IV*, I, p. 106.

²⁰ D. de Valera, *Crónica de los Reyes Católicos*, Revista de Filología Española, Madrid, 1927.

²¹ A. de Palencia, *Crónica de Enrique IV*, I, p. 74.

²² *Crónica anónima de Enrique IV de Castilla*, pp. 137-138.

²³ D. de Valera, *Memorial de diversas hazañas*, p. 292.

La organización sectaria (mafia homosexual):

Exige ahora la serie de los sucesos la mención de la muerte, en este tiempo ocurrida, del papa Paulo II, gran favorecedor del rey don Enrique, que para disimular sus crímenes había invocado con frecuencia la autoridad de la sede apostólica. Al Papa a su vez le había procurado la abyección del Rey, nuevo poderío y extraordinaria jurisdicción, de modo que la innata desidia de éste había dado alas a la ambición del primero, y con ello crecido de día en día las vejaciones de los españoles.²⁴

Misantropía:

Bien se pintaban en su rostro estas aficiones a la rusticidad silvestre. Sus ojos feroces, de un color que ya por sí demostraba crueldad, siempre inquietos en el mirar, revelaban con su movilidad excesiva, la suspicacia o la amenaza; la nariz deforme, aplastada, rota en su mitad a consecuencia de una caída que sufrió en la niñez, le daba gran semejanza con el mono.²⁵

Molice y hedonismo:

Oh, mate mala ponçonia
a pastor, de tal manera,
que tiene cuerno con miera
y no les unta la roña;
ve los lobos entrar
y los ganados balar;
él, risadas en oïllo;
ni por eso el caramillo
nunca dexa de tocar.²⁶

Inclinaciones peculiares y rarezas:

Cualquier olor agradable le era molesto, y en cambio respiraba con delicia la fetidez de la corrupción, y el hedor de los cascos cortados de los caballos, el del cuero quemados y otros aún más nauseabundos. De esta especie eran sus numerosas aficiones, de modo que por este sentido del olfato podía juzgarse de los demás.²⁷

Amores heterosexuales para ocultar la doble vida:

Vista la inutilidad de sus excitaciones, volvía a la dé D.^a Guiomar, ya opulenta, merced a las rivalidades de falsos amores, juzgando el más poderoso recurso para vencer la resistencia de

²⁴ A. de Palencia, *Crónica de Enrique IV*, II, p. 32.

²⁵ A. de Palencia, *Crónica de Enrique IV*, I, p. 11.

²⁶ *Coplas de Mingo Revulgo*, en *Poesía crítica y satírica del siglo XV*, p. 223, vv. 46-54.

²⁷ A. de Palencia, *Crónica de Enrique IV*, I, p. 12.

la Reina, los celos de aquellas vanas relaciones, sin otro peligro, que el alarde de el favor de que la dama gozaba y que tantas riquezas la producía en daño de la Reina.²⁸

Actitudes conciliadoras que rebajan la imagen viril:

don Enrique obedecía a sus depravadas pasiones, si éstos tocaban a la liviandad; pero cuando se referían al honor, como cosa extraña a su carácter, necesitaba ajenos consejos, ya pervertidos por la corrupción de aquellos tiempos de tiranía que su reinado había de hacer más duradera y extensa.²⁹

La imagen negativa del rey no se agota en estas muestras. Entre los rasgos seleccionados no cito algunos que no pasaron de ser una imagen retórica del discurso homofóbico posterior, como el bestialismo. O bien funcionaron como rasgos complementarios, pero no definitorios (la impotencia en el *ayuntamiento con mugeres*). Otras acciones del rey completan el cuadro tremendista difundido por escritores como Valera, Palencia o Mendoza que pronto asumió la historiografía tradicional.³⁰ Los detalles de su muerte, el maltrato a su madrastra, hermanos y esposas, la deslealtad hacia sus vasallos y las correrías secretas. La imagen varonil aplicada a Isabel la Católica (y antes a su malogrado hermano) es la constatación clara del triunfo de la propaganda homofóbica: el celo de la inquisición isabelina y la declaración de la homosexualidad como delito de lesa majestad, castigado con la hoguera en la Pragmática de 1497, inician una nueva etapa en la historia de la homosexualidad.

En los momentos previos a esta nueva etapa, la figura de Enrique IV, por su papel de rey, concentra todas las características estigmatizadas por una cultura fuertemente patriarcal (con su imaginería falócrata) y de base religiosa católica. Ahora bien, el éxito alcanzado por la propaganda antienriqueña, aparte de demostrar una brillante manufactura, es signo palpable de la adaptación a los nuevos tiempos: si el discurso político (y demás discursos consensuados) ya no puede ampararse en la garantía teocrática, habrá que recurrir a vías tales como el control y la creación de la opinión, en la búsqueda de chivos expiatorios, el clima generalizado de sospecha y denuncia, la manipulación de la información, la persecución y, como no, la tergiversación histórica. En lo que concierne al discurso homofóbico, el «mérito» de esta propaganda fue por un lado ampliar el arco de posibilidades y, por otro, hacer de cada una de estas posibilidades un estigma acusatorio en sí mismo. Consecuentemente, un individuo puede mostrar muchas o todas ellas, adquiriendo la categoría de monstruo o Anti-

²⁸ A. de Palencia, *Crónica de Enrique IV*, I, p. 106.

²⁹ A. de Palencia, *Crónica de Enrique IV*, I, p. 69.

³⁰ Estudios recientes como el de Ladero Quesada demuestran a partir del análisis de las cuentas reales del año 1462 que Enrique IV no tenía gustos tan poco cortesanos como transmiten sus detractores. M.A. Ladero Quesada, «1462: Un año en la vida de Enrique IV, rey de Castilla», en *En la España Medieval*, XIV, Editorial Complutense, Madrid, 1991, pp. 237-274.

cristo (Enrique IV, por ejemplo). Aunque también basta uno de ellos o la combinación de unos pocos para levantar una sentencia. En realidad ninguno de ellos puede ser defendido seriamente como propios del homosexual, pero en la construcción cultural de su imagen fueron definitivos.

A finales del siglo XV, en plena neurosis sanguínea, la familiaridad con judíos y conversos tiene mucho de insania. Tratar con musulmanes, con una reconquista por acabar, es prueba de sodomía (como tempranamente apuntan algunas cantigas galai-coportuguesas y recientemente la historia oral de la guerra civil española). Alejarse del mundo cortesano al que se pertenece es un descastamiento. Rechazar los consejos de los ancianos y sucumbir a los jóvenes es la ruina del país. Amar la belleza, la soledad, el placer es pecado de molicie. Practicar la libertad de opinión o no perseguir las heterodoxias es ser agente del mal. Finalmente, contestar al obispo de Cuenca, que aconsejaba una guerra civil: «Los que no avéys de pelear ni poner las manos en las armas, siempre haséys franquesa de las vidas ajenas, ¿querríades vos, padre obispo, que a todo trançe se diese batalla, para que pereçiesen también las gentes de amas partes? Bien parece que no son vuestros hijos los que han de entrar en la pelea, ni vos costaron mucho de criar. Sabed que de otra forma se ha tomar este negoçio, y no como vos desís y lo vetáys».³¹ Es, sin lugar a dudas, para la propaganda, un acto de cobardía.

Toda esta retahíla nos conduce a una sencilla conclusión: aunque los ataques a Enrique IV pueden ser importantes para comprender la génesis y evolución de la represión homosexual, sería una frivolidad limitar la reinterpretación de su figura y de su tiempo a su conducta sexual;³² estaríamos reactualizando los prejuicios de sus detractores. El discurso homofóbico en Occidente, sobre todo a partir del siglo XV, es una variante más de los discursos de poder, como lo fue el antisemita o el misógino. Lo necesario ahora es dilucidar a qué le tenía miedo la Grandeza de Castilla y sus testafierros para utilizar tal visceralidad o por qué siguen funcionando muchas de estas caracterizaciones en los discursos homofóbicos actuales.

Cuando se leen las palabras del rey al conocer la traición de su hermano uno nunca se preguntaría ¿qué era Enrique IV? sino ¿quién era Enrique IV?

Desnudo sallí del vientre de mi madre, desnudo me espera la tierra, no puede ninguno bevir tan pobre como nascí, sy agora me açota Dios por mis pecados, después dará rremedio e salud, porque su infinito poder es el que mata y rreçuçita, el que yere e el que sana, el da los señoríos e los quita, el que haze los rreyes e los desaze cuando quiere.³³

³¹ D. Enríquez del Castillo, *Crónica de Enrique IV*, ed. A. Sánchez Martín, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, Valladolid, 1994, p. 224.

³² G. Maraón, *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*, Espasa-Calpe, Madrid, 1956, p. 91 (1941, 1ª ed.): «Queda pues, fuera de duda, a mi entender, que nuestro Monarca era un displásico eunucoide con reacción acromegálica, y ello, como antes hemos dicho, nos explica todas las modalidades de su carácter y de su vida sexual, que tanto influyeron en los destinos de España».

³³ D. Enríquez del Castillo, *Crónica de Enrique IV*, p. 239.